

conscientes, que el erudito pretende interpretar sin saber penetrar en sus causas. No es de lo racional, sino de lo irracional, de donde han nacido los grandes acontecimientos. Lo racional crea la ciencia, lo irracional dirige la Historia.

CAPÍTULO III

La mentalidad obrera.

No quiero desconocer la utilidad de las nuevas investigaciones de la psicología contemporánea. Ciertamente, es muy interesante observar las formas de altruísmo en los batracios y la debilidad de los sentimientos conyugales en diversos arácnidos. Sin embargo, he pensado varias veces si los psicólogos profesionales no prestarían servicios más útiles estudiando un poco los hechos diarios de la vida social y procurando determinar sus causas. De ello resultaría acaso el conocimiento de leyes importantes.

Los asuntos dignos de observación abundan, y si con frecuencia producen extrañeza, se debe á que la psicología moderna no ha sabido todavía desentrañar sus causas.

Sucesos como los de Draveil y otros análogos forman parte de estos movimientos populares imprevistos, siempre sorprendentes, porque su desarrollo psicológico permanece ignorado.

Recuérdese lo de Draveil: insurrección á mano armada ordenada por los agitadores de la Confederación general del trabajo, viéndose obligados los soldados á defenderse para no ser asesinados, y cuyas consecuencias finales fueron la adhesión inmediata de la mayoría de los sindicatos obreros á la

Confederación, la tentativa de huelga de los tipógrafos para impedir que los periódicos se publicasen y la huelga de los electricistas, que privó á París de luz durante una noche.

Estos hechos permanecen incomprensibles para el que no ha estudiado algo la mentalidad popular. La extraordinaria puerilidad de los medios propuestos para impedir su repetición demuestra hasta qué punto permanecen ajenos á la psicología colectiva los hombres ilustrados.

El suceso de Draveil es muy característico, porque es incontestable — caso raro en semejantes aventuras— que la culpa fué toda de una parte y la razón de la otra. Fué una revuelta contra las leyes, un ataque violento á las tropas encargadas de proteger las propiedades privadas, y que no se defendieron hasta el último extremo. La represión era inevitable y ningún poder político hubiera podido evitarla.

El gobierno tenía completamente razón, y, sin embargo, toda la clase obrera le censuró duramente. ¿Por qué?

Antes de contestar á esta pregunta hay que repetir que las multitudes obedecen á impulsos siempre desconcertantes para quien quiera juzgarlas en nombre de la lógica. Sería inútil disertar sobre lo absurdo de sus móviles. Lo que importa conocer es únicamente la impresión producida por éstos en el espíritu.

Para apreciar la influencia de esos móviles, recordemos el poder de las quimeras sobre el alma popular. Despreciar su acción sería despreciar la Historia. En la serie de los acontecimientos cuyo curso describe, el papel de la razón fué siempre muy pequeño y el de la imaginación preponde-

rante. Millones de hombres han perecido por servir ilusiones, y gracias á ellas se fundaron poderosos imperios.

El prestigio de lo irreal es tan considerable hoy como antiguamente, y las quimeras que fascinaban en otros tiempos á las multitudes las fascinan hoy; sólo han cambiado sus nombres.

•••

Antes de estudiar la mentalidad obrera, es necesario recordar ciertos caracteres generales comunes á las multitudes y las ideas directoras especiales de los obreros, que determinan su conducta.

Una multitud no supone necesariamente una reunión de personas; sugestiones compartidas por individuos aislados, reunidos mentalmente por la prensa y el telégrafo, pueden darles el carácter de multitud, sintiendo lo mismo que ésta su excitabilidad, su inconsciencia, su furor, su credulidad, su ausencia total de espíritu crítico, su incapacidad para dejarse influir por el razonamiento, su fetichismo y su necesidad imperiosa de obedecer á un amo. Sus movimientos más violentos proceden siempre del influjo de algunos agitadores. Ahora, como antiguamente, la multitud está dispuesta á prosternarse delante de todos los tiranos, pero cambia de ellos más á menudo que antes.

«Las multitudes—escribe Tarde—se asemejan todas por ciertos aspectos: su intolerancia prodigiosa, su orgullo grotesco, su susceptibilidad enfermiza, el sentimiento de su irresponsabilidad, que nace de la ilusión de su poderío y de la carencia total del sentimiento de la medida, debido á las emocio-

nes mutuamente exaltadas. Para una multitud no hay término medio entre la execración y la adoración, entre el horror y el entusiasmo, entre los gritos de *viva y muera*.

Estos diversos caracteres psicológicos se encuentran en todos los grandes movimientos populares recientes, especialmente en el de Draveil. Los obreros atacaron violentamente á la tropa, obedeciendo instigaciones de algunos agitadores, y, sin embargo, la represión justa de los soldados provocó en toda Francia la susceptibilidad de la clase obrera, que se imaginaba, como todas las multitudes, estar por encima de las leyes. Inmediatamente hizo causa común con los revoltosos y atacó violentamente al gobierno, culpable únicamente de no haber obligado á los militares á dejarse asesinar á mansalva. «El amor propio de un pueblo irritado—decía madame de Staël—es la necesidad de matar.»

La sumisión ciega de las multitudes á las órdenes de los agitadores se manifestó con evidencia, no solamente por las violencias ejercidas sobre los soldados, sino por las dos huelgas consecutivas con la represión de la insurrección. La de los tipógrafos, que casi impidió la publicación de los periódicos; su resultado fué escaso porque los jefes trataron de parlamentar en vez de obrar de una manera despótica. La huelga de los electricistas dió mejor resultado, porque en momento oportuno se dió la orden imperativamente, á fin de evitar toda discusión. Cada obrero recibió solamente el siguiente aviso:

«La Junta ordena á todo sindicato que cese en su trabajo el jueves 6 de Agosto de 1908, á las ocho de la noche, y que no lo reanude hasta las diez. Firmado, *Pataud*.»

Pataud fué obedecido como no lo sería ningún

autócrata. Seguramente sólo el gran Lama, encarnación de Dios, posee sobre sus fieles tal autoridad.

Los periódicos recogieron piadosamente las declaraciones del dictador, quien les reveló por condescendencia sus opiniones. Pataud es antimilitarista, desprecia al gobierno y juzga severamente al rey de Bélgica; no admite que el presidente del Consejo de ministros se permita reemplazar á los electricistas por soldados, y en breve le enviará sus órdenes.

Este efímero potentado maneja muy sutilmente la ironía. Considera la huelga general como una varita mágica de la que se debe aprovechar la clase obrera, pero confiesa honradamente que este descubrimiento se debe á un ministro actual y que, seguramente, preferiría haber hecho invenciones más útiles.

Á pesar de su poder soberano, no aconseja á este autócrata que confíe demasiado en la duración de su poder, pues no es más que un símbolo que traduce el estado del alma popular, que otros sabrán también explotar. Las multitudes son obedientes, pero muy variables, y Pataud caerá pronto en un olvido tan profundo como Ferfoul y Marcelin Albert, reyes pasajeros del Mediodía. Por tanto, lo mejor que puede hacer es solicitar una cátedra de psicología práctica en la Sorbona, para enseñar á los políticos y á los patronos industriales el arte de manejar á las multitudes que él posee tan bien y sus adversarios tan mal.

Esta enseñanza les será muy útil, pues la ignorancia de la mentalidad popular es evidentemente completa en muchos de los hombres políticos de todos los partidos y también entre los patronos. Crean que se seduce á las multitudes sometiéndose á ellas

servilmente, cuando es precisamente todo lo contrario.

Prueba de esta singular ignorancia es el manifiesto de los diputados socialistas unificados con motivo de la insurrección de Draveil.

Á pesar de ser víctimas de las más despreciativas invectivas por parte de los agitadores de la Confederación, no dudaron en afirmar su solidaridad «con los obreros militantes, huelguistas y luchadores rebeldes y con las organizaciones obreras que los agrupan... Hoy, como ayer, decían, el partido prestará su apoyo á una acción decidida por el proletariado organizado».

Esto es, como decía uno de los periódicos que publicaba el manifiesto, «la abdicación pura y sencilla de toda autoridad en las manos de los directores de la Confederación general del Trabajo».

Esta mentalidad servil es muy instructiva; representa una forma laica del espíritu clerical más humilde. Prefiero los devotos, inclinados ciegamente ante las órdenes del Papa, á los políticos sometándose ciegamente á los decretos de los ciudadanos Pouget y Pataud. Los primeros tienen, al menos, el mérito del desinterés.

Ignorando el poder del espíritu religioso, es imposible explicarse el que hombres ilustrados fraternicen con anarquistas que se atribuyen el derecho de matar á los soldados, suspender la publicación de los periódicos, detener la vida pública y otras fantasías que no se hubieran atrevido á pensar Nerón ni Heliogábalo.

¿Y qué ganan con esta baja sumisión? El no disimulado desprecio de los amos á quienes pretenden servir.

Evidentemente, los diputados socialistas unifica-

dos han dado pruebas en esta circunstancia de una psicología muy pobre, si bien es verdad que algunos defensores del orden no se han mostrado mucho más clarividentes. Uno de ellos, diputado moderado, aseguraba en un periódico que los sucesos de Draveil obedecían á la lentitud del Parlamento en aprobar las leyes que los sindicatos exigen y cuya votación se debe apresurar. Eso significa, seguramente, que después de haber pasado por la incautación del ferrocarril del Oeste, hay que apresurarse á votar el impuesto sobre la renta, que, descubriendo el estado de las fortunas, permita despojar de sus riquezas en un momento dado á los ciudadanos. Y todo ello á fin de obedecer sin discusión las órdenes del sindicalismo revolucionario, el que que, por otra parte, declara despreciar todas estas reformas. ¡Qué mal consejero es el miedo!

Se aprecian mejor las consecuencias del miedo fijándose en lo que pasó el día siguiente de la huelga en el despacho del Presidente del Consejo de ministros, que había citado á los directores de los seis sectores eléctricos de París.

No estando dispuesto á admitir, con razón, que una ciudad de tres millones de habitantes estuviera á merced de los caprichos de los socialistas, el ministro aconsejó á los directores que despidieran inmediatamente á su personal, ofreciendo reemplazarle con soldados de ingenieros. Sólo uno aceptó, comprometiéndose á hacer funcionar regularmente su fábrica con los obreros que se le diesen. Los cinco restantes se negaron, prefiriendo obedecer las órdenes del ciudadano Pataud. Al día siguiente enviaban á este hombre temible un emisario para ofrecerle un empleo con 4.000 francos y dejarle en completa libertad. La pusilanimidad llevada á este

extremo es tan inverosímil que no habría contado esta historia si no la supiera por un testigo de la entrevista, de la que salió avergonzado, no obstante la sonrisa desdeñosa del ministro.

Esta cobardía insigne de los directores de los sectores de París produjo naturalmente los efectos que hubiera impedido el despido, á lo menos provisional, de los obreros. La multitud desprecia siempre la debilidad y respeta la energía, no habiendo ejemplo en la Historia de que se la haya conquistado por miedo. En el caso de los electricistas, el despido era tanto más fácil cuanto que todas las máquinas de los sectores funcionan automáticamente; los obreros sólo ejecutan maniobras sencillas, pudiendo ser reemplazados por hombres cualesquiera después de un somero aprendizaje.

Varios periódicos censuraron duramente, y por ello hay que felicitarles, la vergonzosa conducta de los directores de los sectores. «Desde que la crisis social ha comenzado—decía *Le Temps*,—no ha habido nunca un síntoma más grave de este decaimiento. La audacia de los revolucionarios no significa nada; es la cobardía de los otros la que es irreparable. El Gobierno cumple con su deber y se rechaza su apoyo. No se quiere ser ayudado, sino vencido.»

Si los patronos se niegan á defenderse y no consiguen asimilarse mejor la psicología popular, merecerán todas las desgracias que les amenazan y sus días estarán contados.

••

Además de los caracteres comunes á todas las multitudes, la mentalidad obrera presenta otros especiales que tienen su origen en escaso número de

ideas, transformadas en dogmas para el obrero, por el mecanismo de la repetición y del contagio.

Estas ideas, tan sencillas como absurdas, se presentan por los apóstoles de la Confederación general del Trabajo en la forma siguiente:

«El obrero es el creador de la riqueza social, de la cual no se aprovecha, sino que, por el contrario, sólo los que no la crean se benefician de ella.»

Para remediar esta injusticia basta sencillamente con destruir la sociedad actual, en provecho de la clase obrera, y, por consiguiente, «fortificar los grupos aptos á realizar la expropiación capitalista y capaces de proceder á una reorganización social sobre la base del comunismo».

Mientras tanto, la junta ordena huelgas repetidas para conseguir por la elevación de los salarios la supresión progresiva, y pronto total, del beneficio de las empresas industriales. Esta estratagema, acentuada de día en día, es fácilmente practicable con las empresas antiguas, porque sus administradores, muy tímidos y bastante indiferentes á los intereses de los accionistas, van de concesión en concesión hasta que el dividendo se reduzca á cero. Entonces el valor de la acción quedará reducido igualmente á cero.

La consecuencia inmediata y cercana de este estado de cosas será la dificultad de encontrar socios comanditarios para las nuevas empresas. El accionista, cada día más cierto de su suerte, prefiere colocar su capital en empresas extranjeras. Larga sería la lista de los productos que se venden en Francia, pero que ya no se fabrican sino en el extranjero. El obrero, sin advertirlo, está en camino de matar la gallina de los huevos de oro. Totalmente incapaz de previsión, sólo ve los resultados inmedia-

tos, momentáneamente ventajosos para él, y perseverará en la vía en la que se ha encarrilado hasta la hora final de la ruina.

Esta carrera hacia el abismo de las clases obreras es acelerada por las declamaciones furiosas de una multitud de semi-intelectuales rebeldes. Descontentos de su suerte, persuadidos de que los diplomas obtenidos por la recitación mecánica de voluminosos libros de texto, debían procurarles situaciones elevadas, todos esos que se creen injustamente postergados, maldicen la sociedad que desconoce su genio, y del obrero, como es de suponer no se preocupan en lo más mínimo. Desprovistos del sentimiento de las realidades y de las necesidades económicas de las sociedades modernas, se imaginan que la sociedad nueva se inclinará ante sus brillantes cualidades, tan mal apreciadas por el mundo actual.

Engañados por estos fracasados, frutos de nuestra enseñanza universitaria, el obrero se persuade cada día más de que es víctima de las mayores injusticias y sólo sueña con revoluciones.

De este modo, los cerebros populares se han poblado de ilusiones. El último aprendiz se imagina hoy, á pesar de la evidencia de lo contrario, que produce riquezas de las que no participa. No es necesario demostrar que los verdaderos criadores de la riqueza son los agricultores, los industriales, los ingenieros, los sabios, poseedores de capacidades completamente ajenas al obrero. La acción de este último ha sido siempre nula en las grandes invenciones que le han hecho vivir. Evidentemente, el trabajo manual permite utilizar estas invenciones; pero con el progreso incesante de la mecánica moderna la misión del obrero disminuye progresiva-

mente. Ya hemos dicho que en las fábricas eléctricas un escaso número de obreros basta para hacerlas funcionar, y en la mayoría de las industrias, la de los automóviles, por ejemplo, la mano de obra sólo interviene en una quinta parte del valor total del objeto fabricado.

Por otra parte, ¿es verdad que esta mano de obra está mal retribuida? Al contrario, lo está tan bien que muchos obreros reciben hoy día salarios superiores á los que difícilmente consiguen después de veinte años de trabajo una multitud de burgueses: magistrados, oficiales, médicos, ingenieros, abogados, funcionarios, etc., que poseen, sin embargo, una educación extremadamente costosa.

En la mayoría de las fábricas parisienses, especialmente en la de los automóviles antes citada, el trabajo del último de los oficiales se paga á 6 francos diarios, sueldo de un repetidor, ya doctor, en una facultad, y los obreros, un poco hábiles, llegan fácilmente á ganar 13 y 14 francos diarios.

Entre las ilusiones populares figura, desgraciadamente, la de que los hombres son iguales por la inteligencia. Por consiguiente, los beneficios de los directores de fábrica parecen injustamente elevados. Un simple trabajador es, según la multitud, tan apto para dirigir una fábrica ó regir una Compañía como un hombre instruído. Sin embargo, los obreros han dado pruebas que debían ilustrarles sobre la insuficiencia de sus capacidades. ¿Cuántas empresas industriales, fundadas por ellos, con ayuda de capitalistas complacientes, han dado buen resultado?

El odio á las clases superiores es tan general hoy día que se han visto grandes ciudades, como Brest, Dijon, Roubaix, Toulouse, etc., elegir para alcaldes

y concejales á sencillos obreros, modestos mozos de estación, ordenanzas, etc.

Los resultados fueron desastrosos; el derroche financiero fué tal y la desorganización tan rápida que hubo que librarse de ellos en las primeras elecciones.

En todas partes las consecuencias han sido las mismas. En Alsacia-Lorena, por ejemplo, las últimas elecciones eliminaron á los obreros de todos los Ayuntamientos, especialmente en Strasbourg y Mulhouse. En esta última ciudad se habían entregado á tales desórdenes administrativos que ni un solo concejal pudo ser reelegido.

Como los pueblos no se instruyen sino por la experiencia, á veces conviene hacer ensayos, por ruinosos que sean, para evitar mayores males en el porvenir. El gobierno de todos los ayuntamientos de Francia por obreros socialistas engendraría seguramente en pocos meses un intenso horror al socialismo. Entonces, solamente, las multitudes se convencerían de que la naturaleza se ha negado obstinadamente á crear hombres iguales, que la capacidad es el primero de los poderes, y que el poderío, la fuerza y la riqueza de un país están constituidos únicamente por una pequeña aristocracia de espíritus superiores: sabios, industriales, artistas, ingenieros, obreros selectos, etc. Las masas no se apoderarán nunca de la riqueza, como lo piden tantos fanáticos imbéciles, porque la riqueza es la inteligencia y de esta propiedad no se puede despojar á nadie.

CAPÍTULO IV

Las formas nuevas de la aspiración popular.

Considerada en sus resultados inmediatos, la huelga de los funcionarios de Correos apareció como un incidente semejante á toda huelga; pero apreciada en sus causas lejanas, representaba, por el contrario, uno de esos acontecimientos que señalan una nueva fase de la Historia, como la toma de Bizancio, por ejemplo.

En efecto, por primera vez se observó el principio de la disgregación de una sociedad en pequeños grupos homogéneos, que no poseen otro patriotismo que el del grupo á que pertenecen, y dispuestos á sacrificar el interés general, en cuanto con ello encuentren alguna ventaja particular. El mundo civilizado ha visto con asombro á esos funcionarios tratar al resto de la nación como ciudad sitiada, á la que el enemigo pretende reducir por hambre, sin preocuparse de las ruinas que podría ocasionar tal detención de la vida pública.

Este egoísmo corporativo, sustituyendo al interés general, llamó mucho la atención á los extranjeros. He aquí lo que dijo con este motivo el más importante de los grandes periódicos ingleses, *The Times*:

Es triste comprobar que la huelga actual ilumina siniestramente ciertos aspectos de la vida nacional en Francia.